IMÁGENES ICÓNICAS DE LA PRIMERA PARTE DEL *QUIJOTE*

por
Fernando González Moreno

UCLM
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
FACULTAD DE HUMANIDADES DE ALBACETE

~ 10 ~

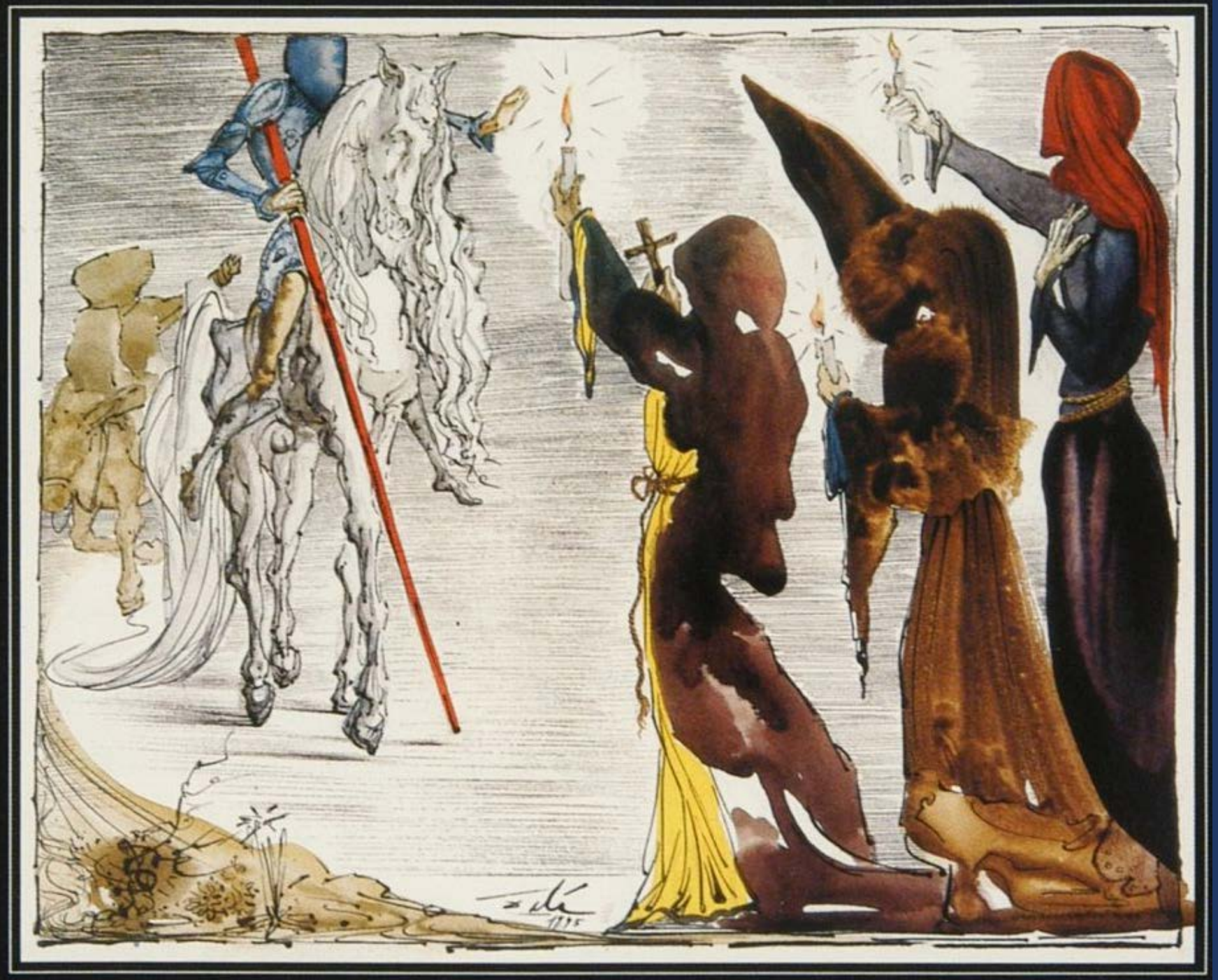
CAPÍTULO LII

De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor

Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de don Quijote, enarbolando una horquilla o bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dio tal golpe a don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada —que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza—, que el pobre don Quijote vino al suelo muy malparado.

Frederik Bouttats

Amberes: Verdussen,1672-1673



Salvador Dalí

NY: Random House, 1946

~ 9 ~

CAPÍTULO XXXV

Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente»

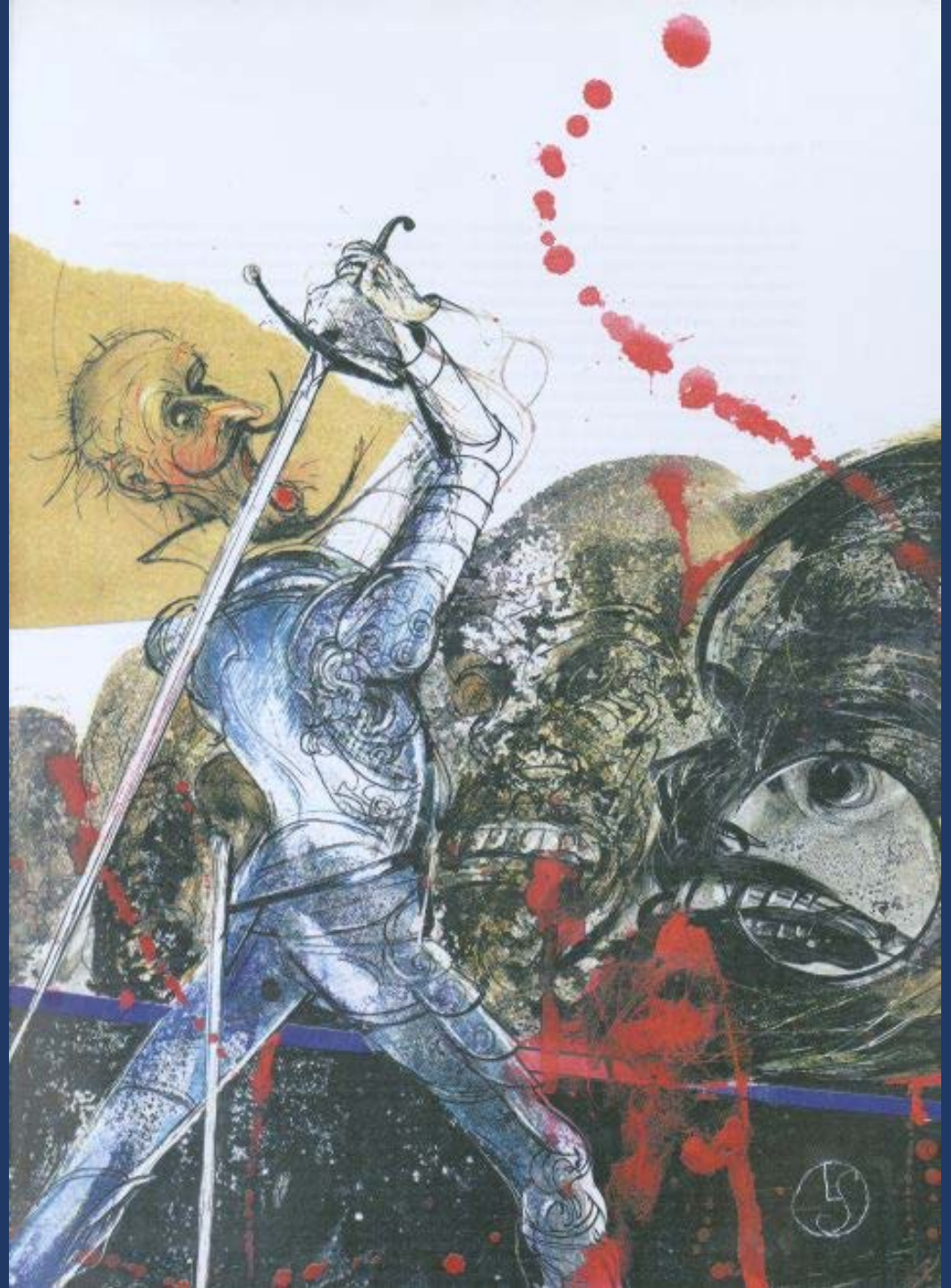
Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más estraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y nonada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante.

John Vanderbank / Gerard van der Gucht

London: Tonson, 1738

Hermann Paul

Maestricht: Leiter, 1929



Luis Scafati

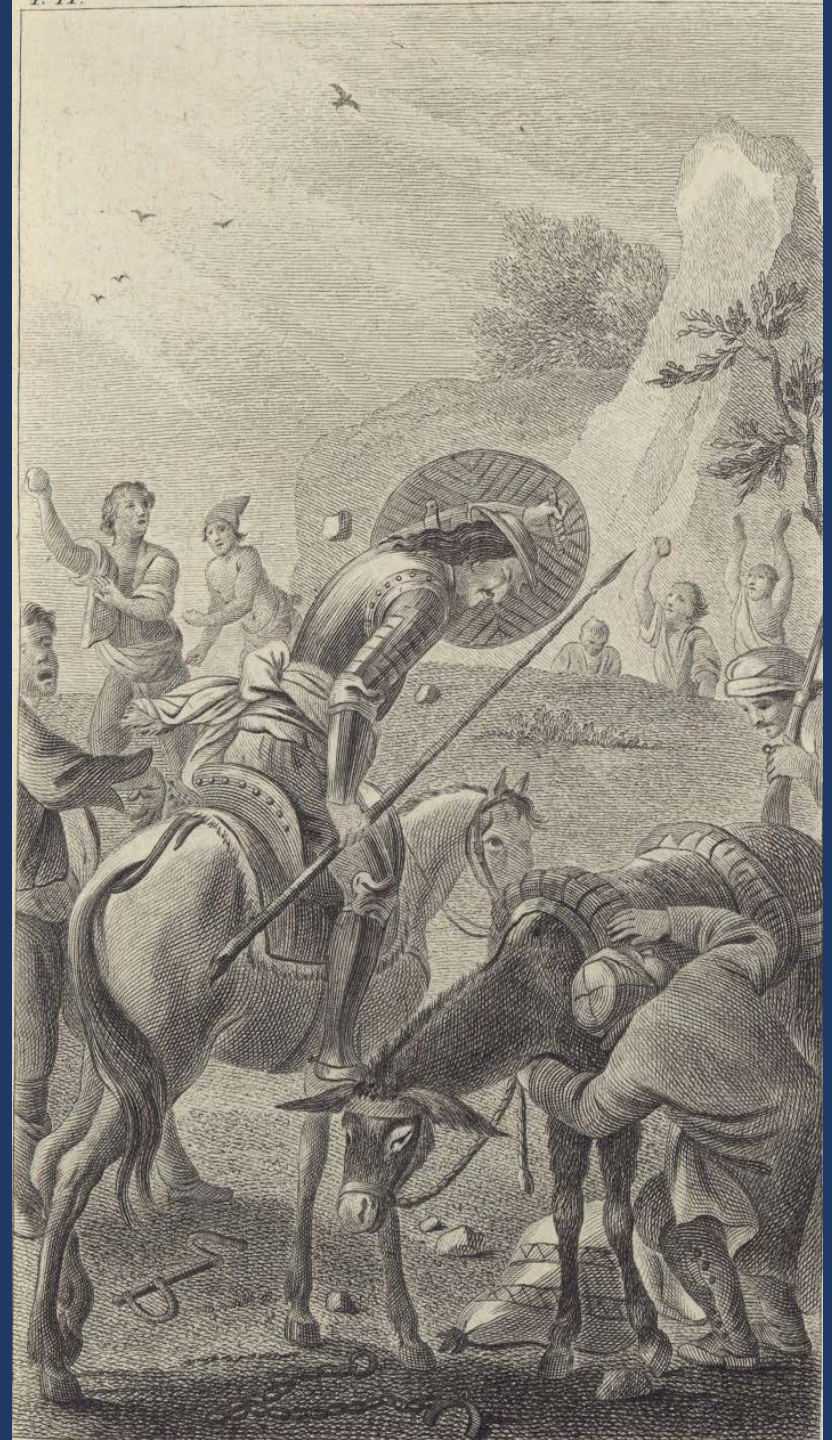
Buenos Aires: De La Flor, 2005

~ 8 ~

CAPÍTULO XXII

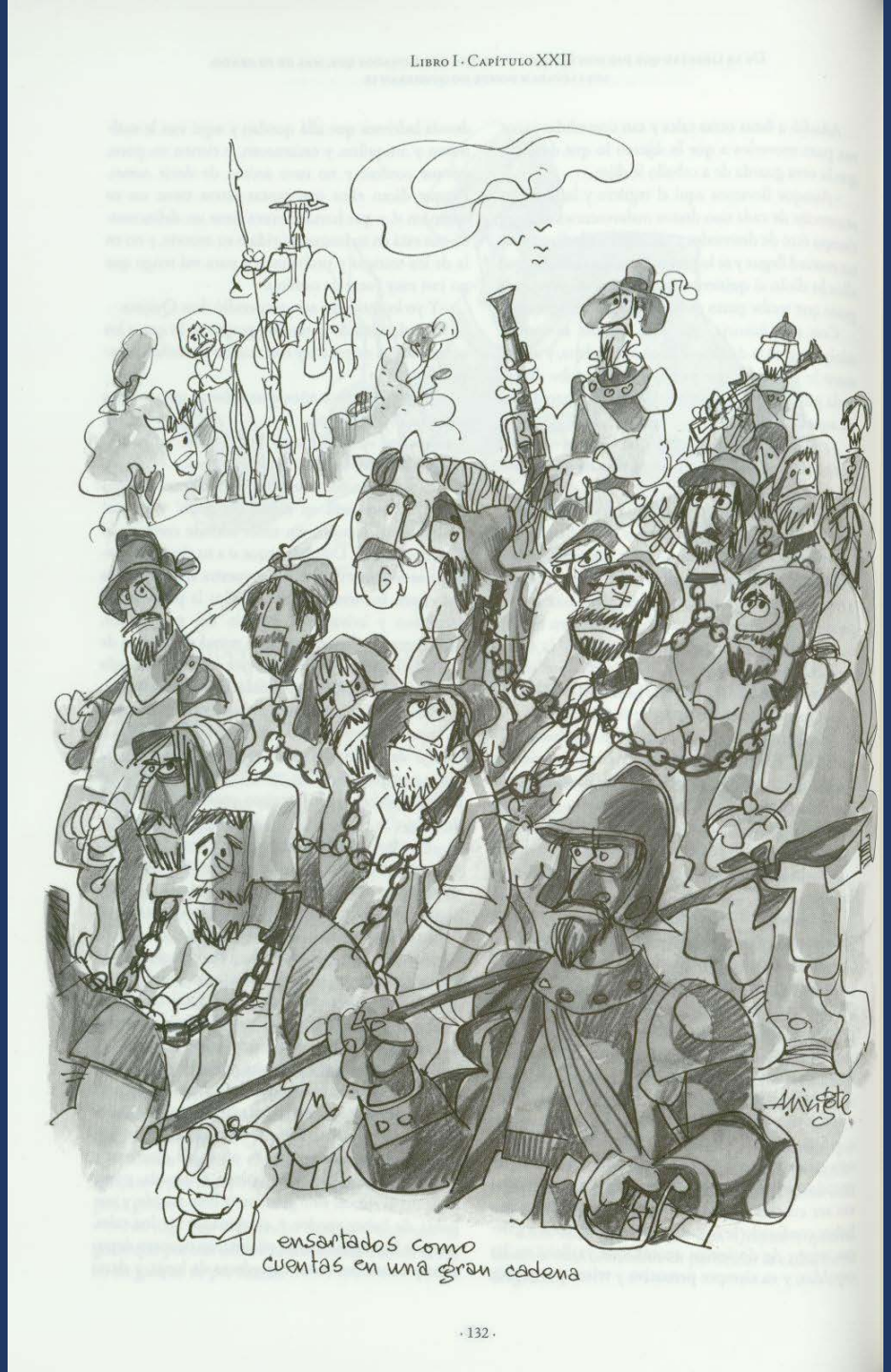
De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia, que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos.



Antonio Carnicero e Isidro Carnicero / Simón Brieva

Madrid: Ibarra, 1782



Antonio Mingote Barrachina

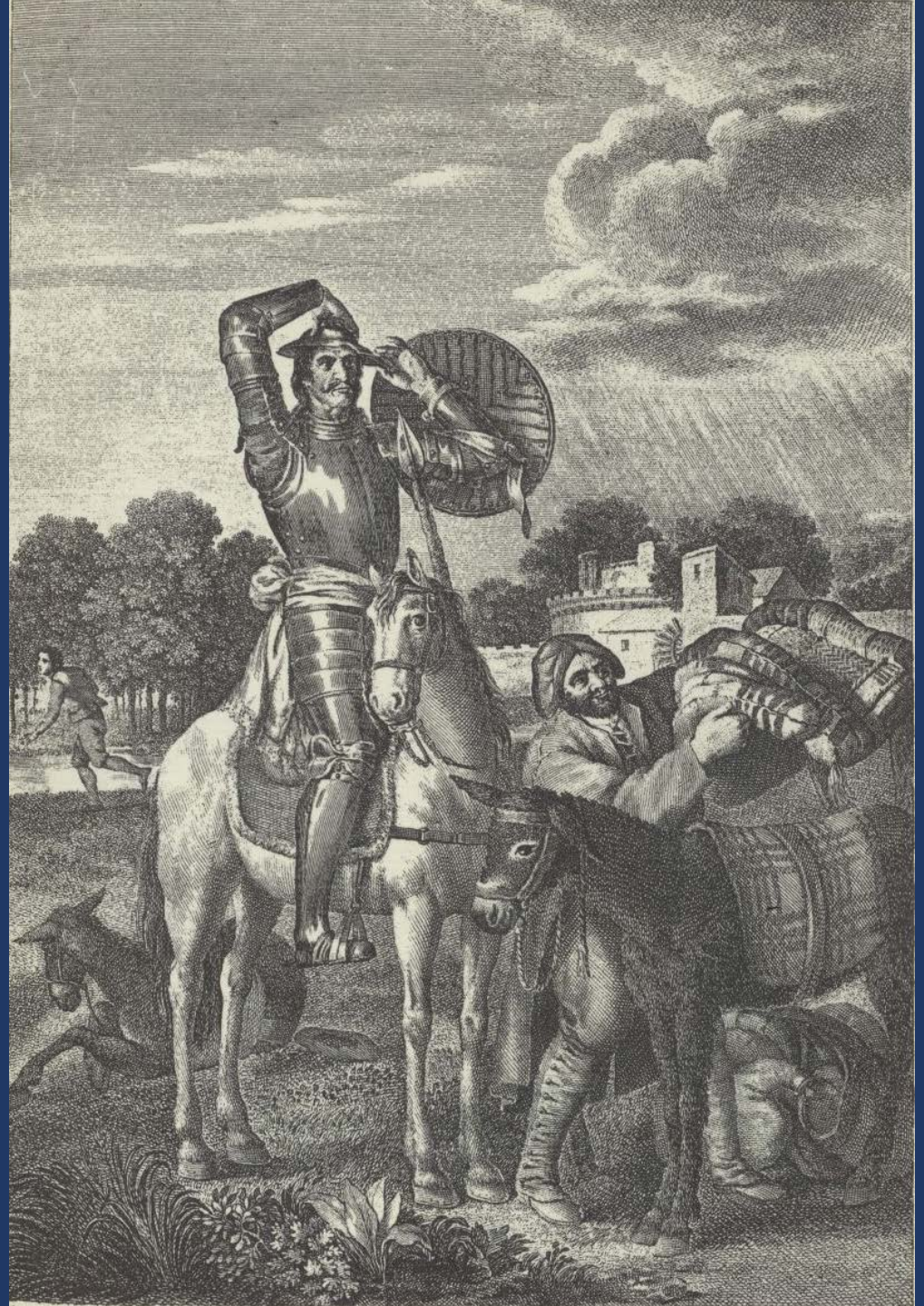
Barcelona: Planeta, 2005

~ 7 ~

CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza sino fue el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

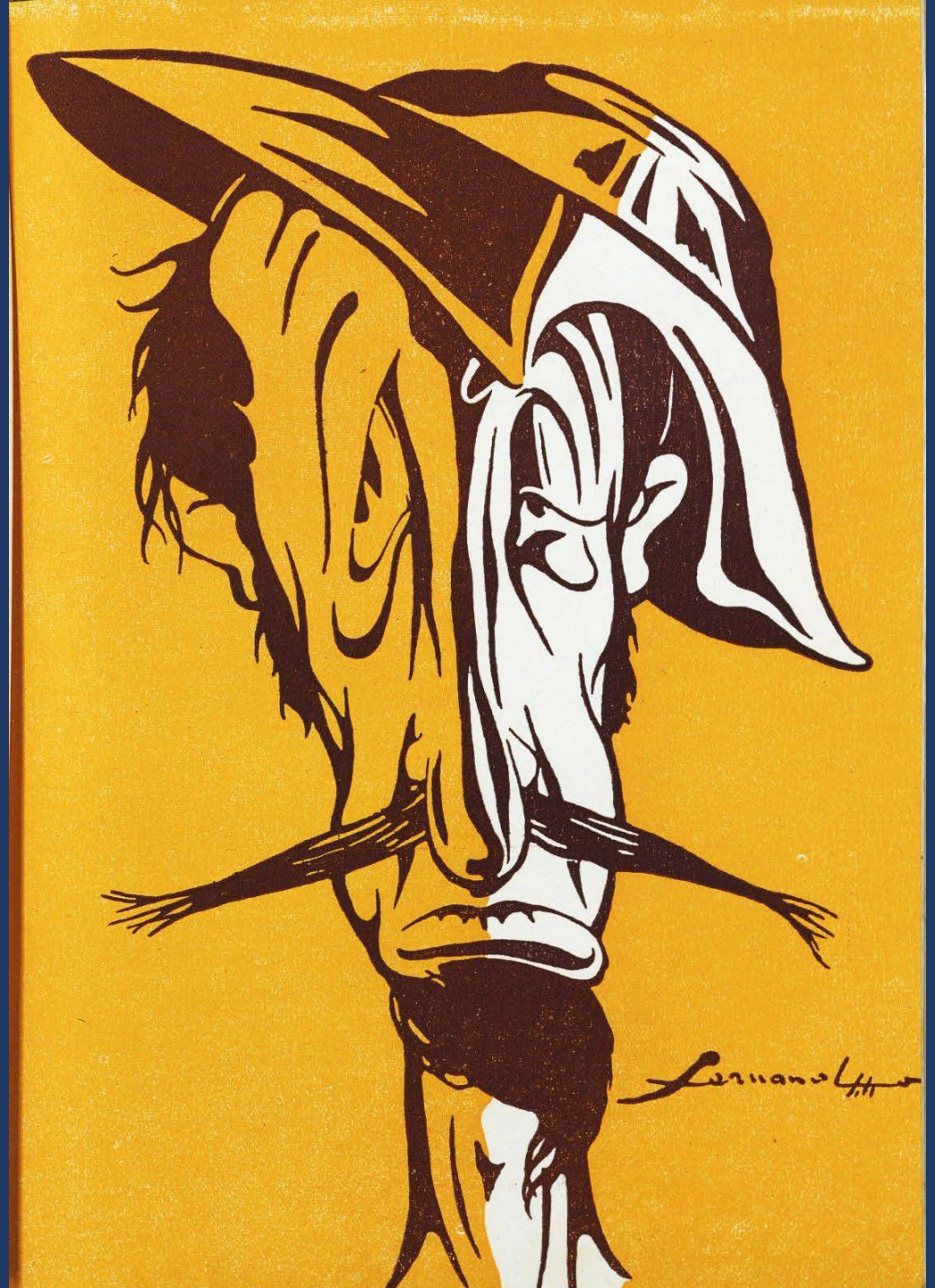


Antonio Carnicero / Fernando Selma

Madrid: Ibarra, 1780

Denis Henri Ponchon / Leblanc and Trautman

París: Guillot, 1935



Fernando Baldi

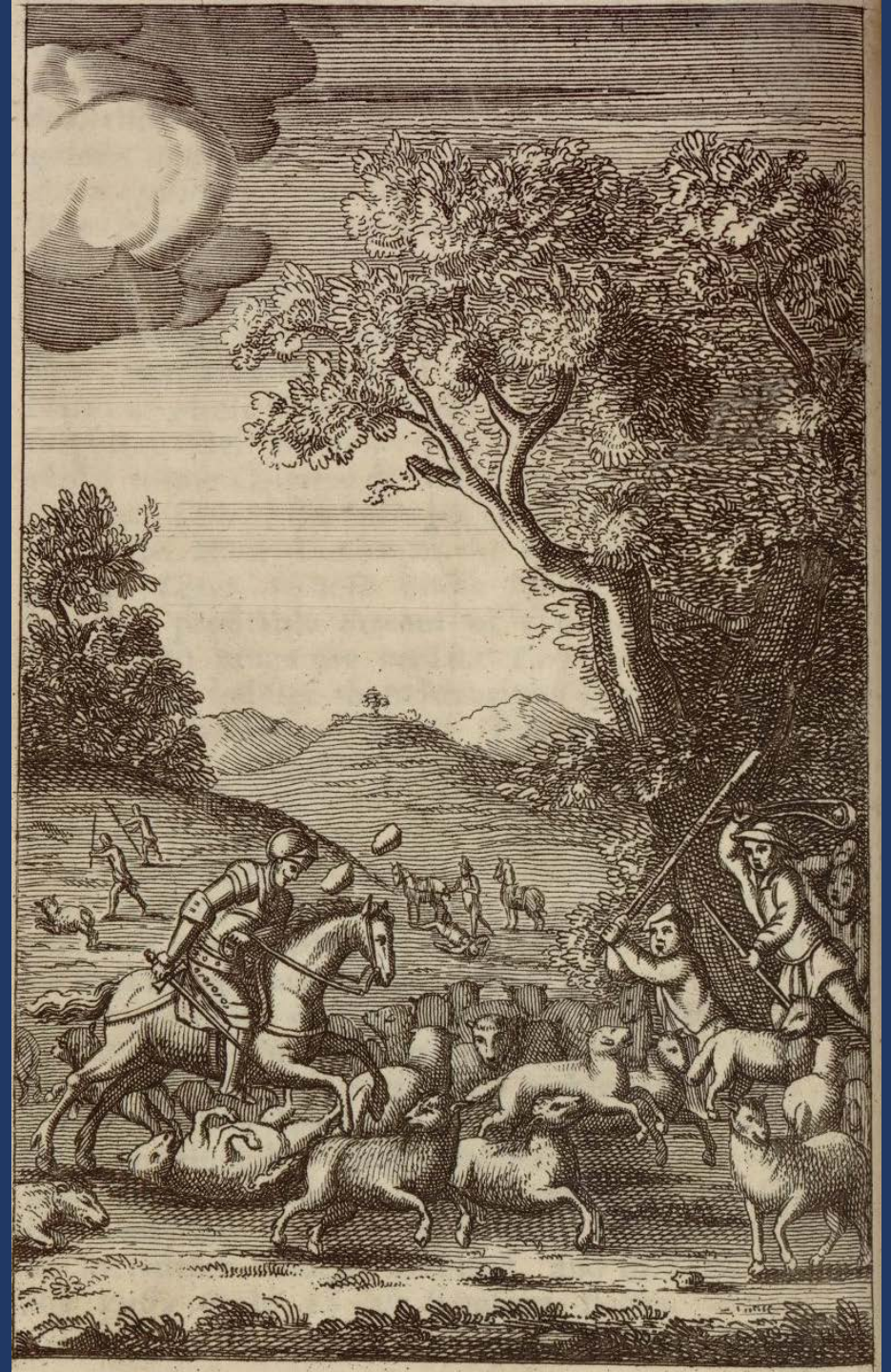
Florencia: Franceschini, 1951

~ 6 ~

CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca.



Desconocido

London: Knaplock, 1719

José Moreno Carbonero

Barcelona: Seix, 1904-05

José Jiménez Aranda

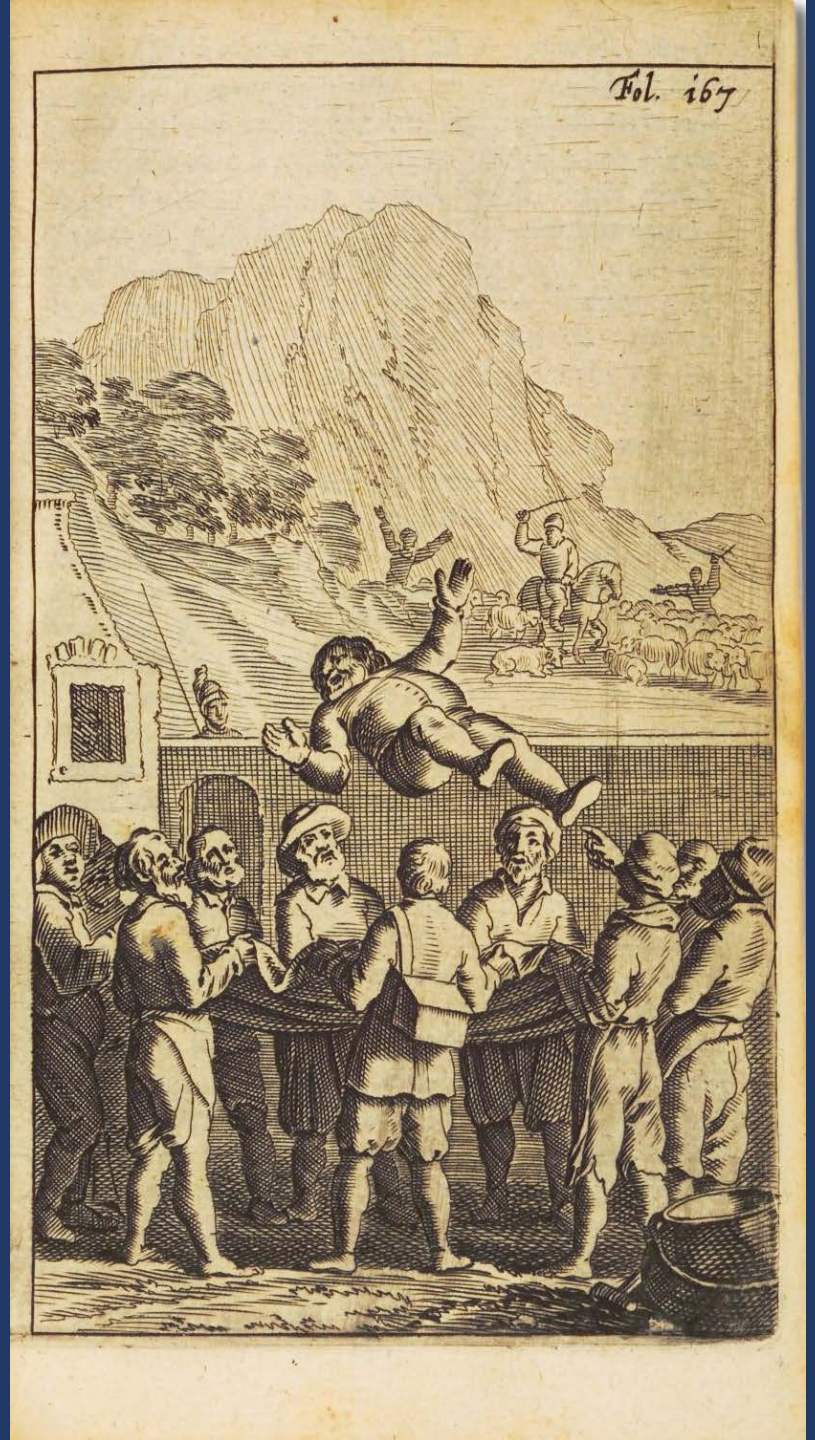
Madrid: Cabrera, 1905-08

~ 5 ~

CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujerosXIII del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mesmo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro por carnestolendas.



Jacob Savery

Dordrecht: Savery, 1657

Gustave Doré / A. Audet

Barcelona: Tasso, 1905

Eberhard Schlotter

Alicante: Rembrandt Editores, 1977-81

~ 4 ~

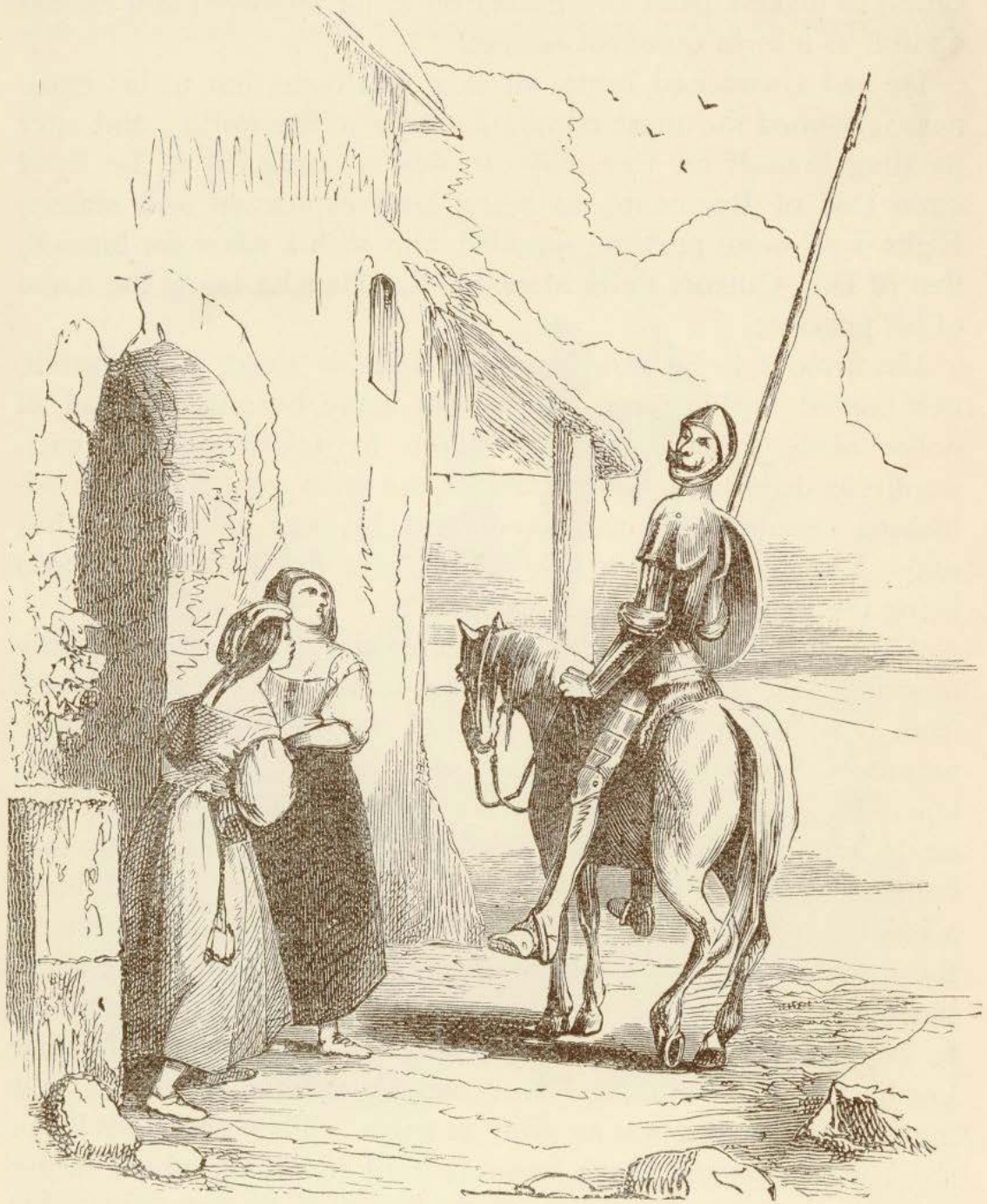
CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio6, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Charles-Antoine Coypel / Louis Surugue père

París: Louis Surugue, c. 1723-25



Tony Johannot

París: Dubochet, 1836-37

José Luis Pellicer y Fener o Ricardo Balaca y Canseco

Barcelona: Montaner, 1980-83

~ 3 ~

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba.

John Vanderbank / Gerard van der Gucht

London: Tonson, 1738

Xan López Domínguez

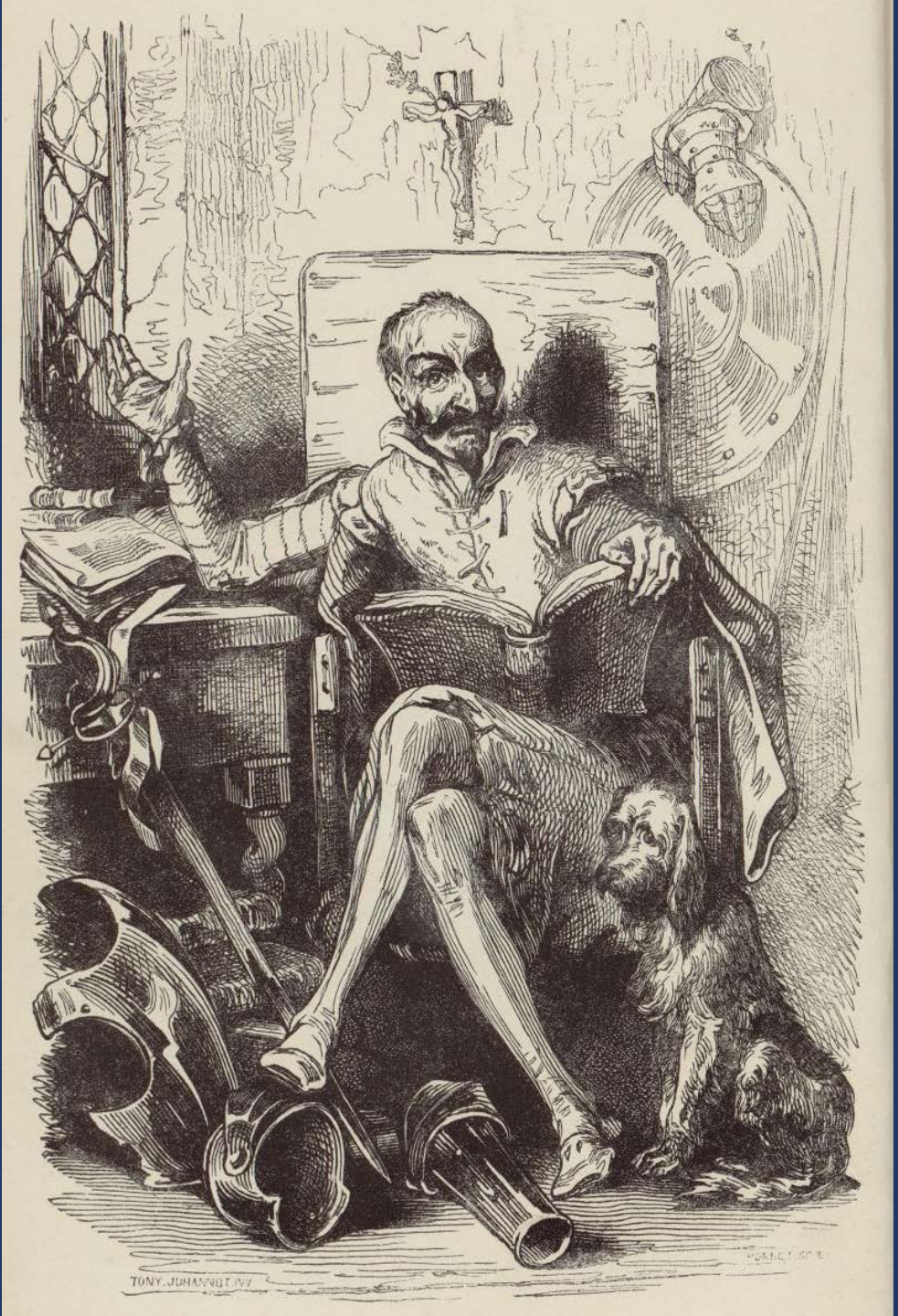
Madrid: Edelvives, 2004

~ 2 ~

CAPÍTULO I

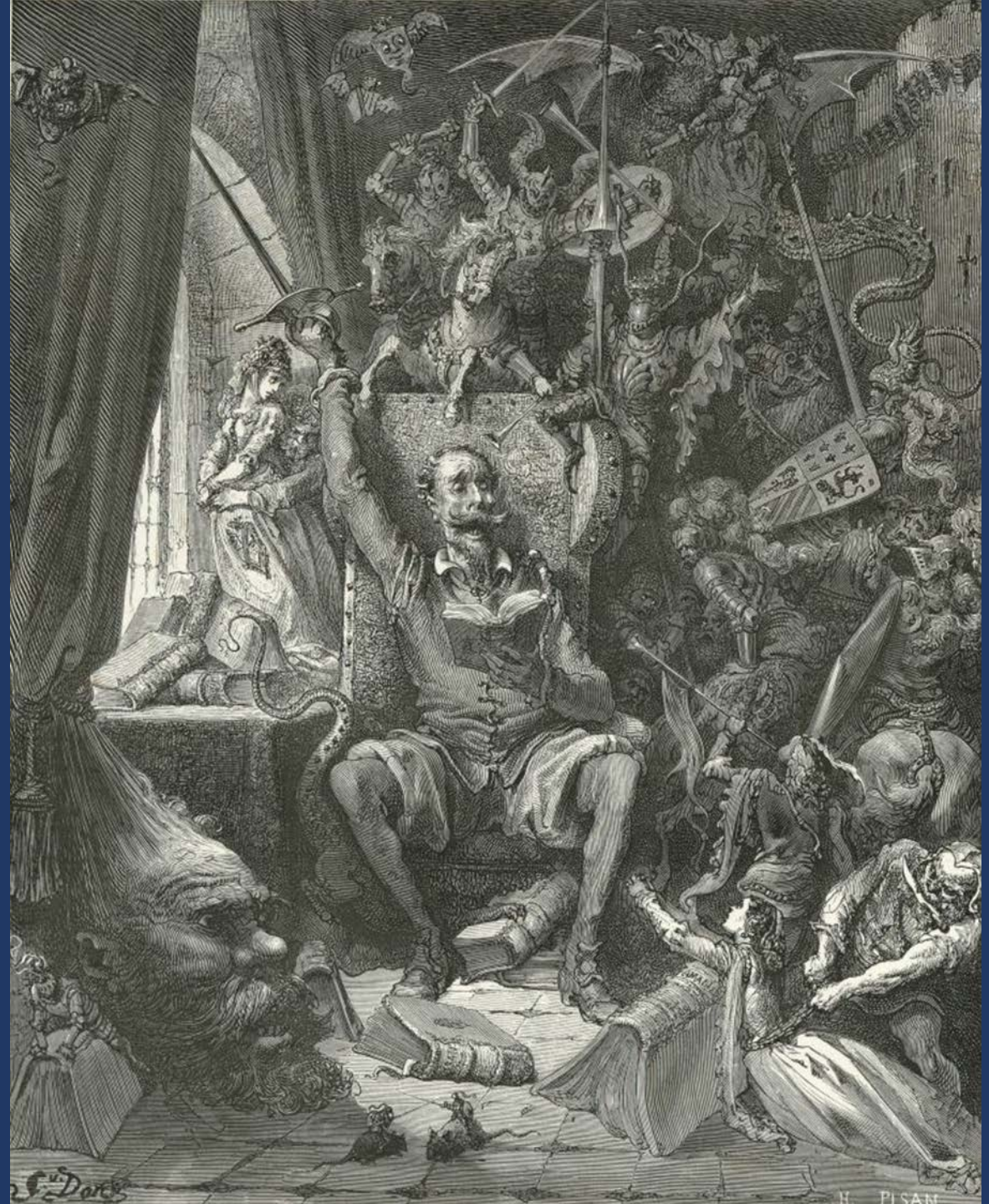
Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.



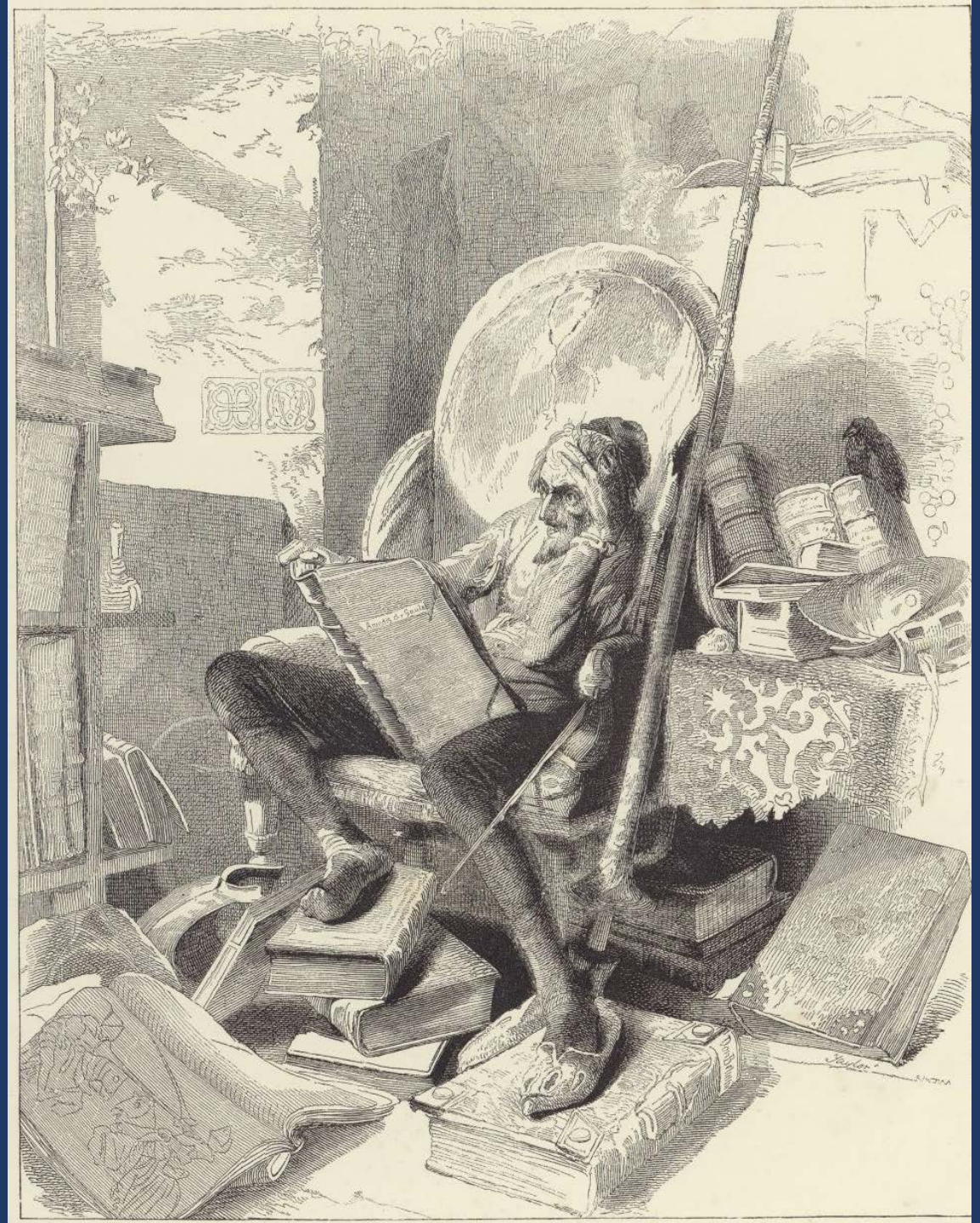
Tony Johannot

París: Dubochet, 1836-37



Gustave Doré / Héliodore J. Pisan

París: Hachette, 1863



Adolf Schrödter

Altona/Leipzig: G. Mayer (impreso en Leipzig por G. Kreysing), 1863

~ I ~

CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

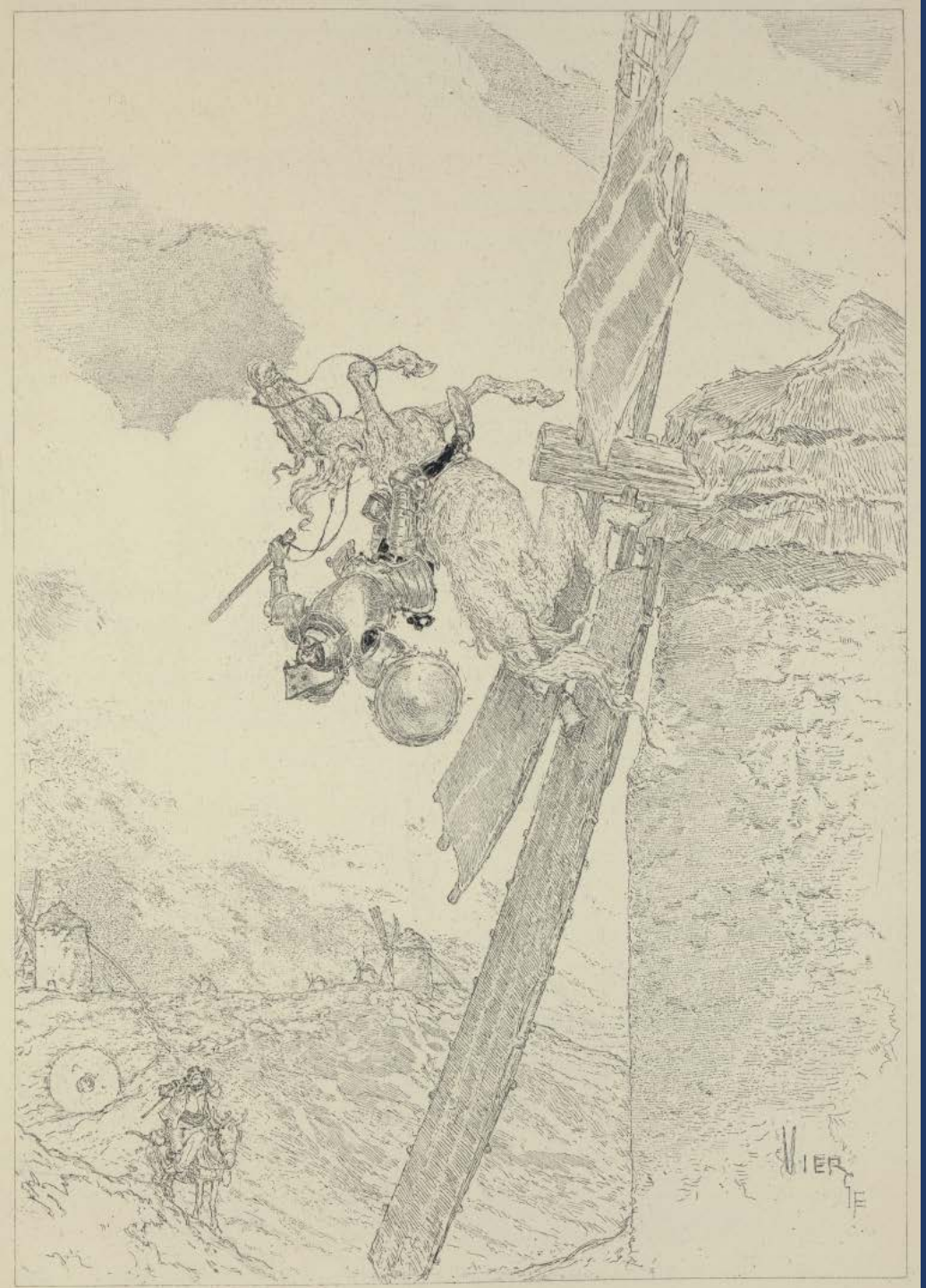
—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

Bartolomeo Pinelli

Roma: Gentilucci, 1833

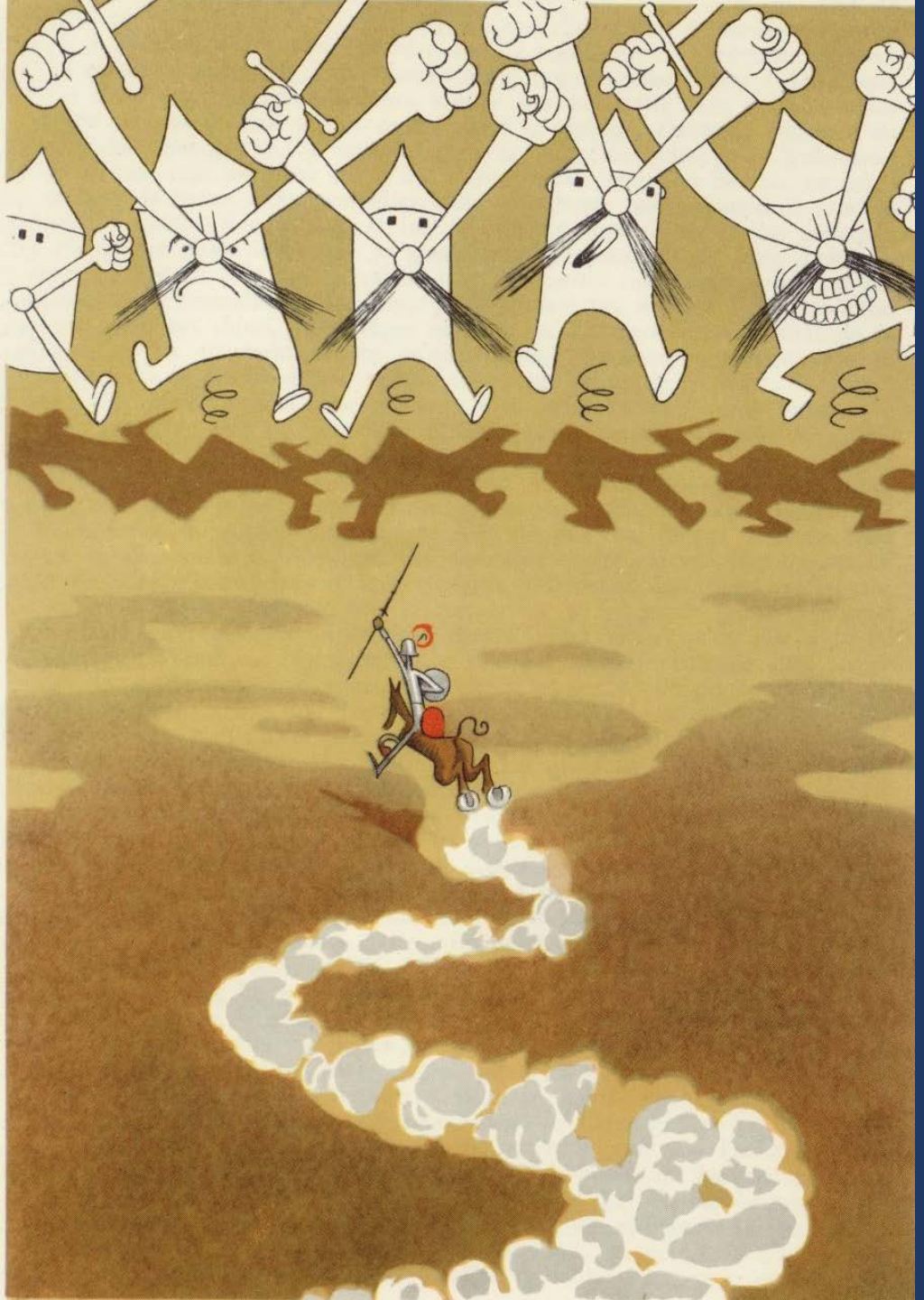
José Moreno Carbonero

Barcelona: Seix, 1904-05



Daniel Urrabieta Vierge

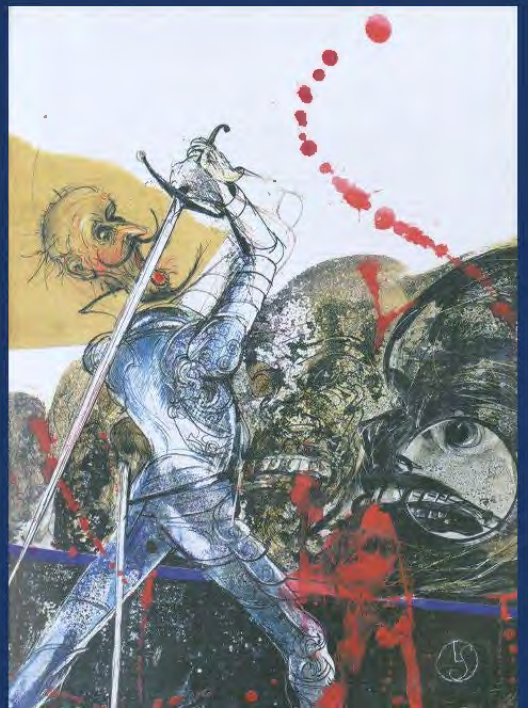
NY: Scribners, 1906



Albert Dubout

París: Valois, 1951

conduit par la Folie et Embrasé de l'ardeur extravaguant de
Quelque sort de chez luy pour estre Chevalier Errant.



Vale.